

# ¿Qué dirá el Santo Padre?

Un complot divino



Jaime Larraín Ayuso

**¿Qué dirá el Santo Padre?**

**Título: ¿Qué dirá el Santo Padre?**

Sub-Título: Un complot divino.

RPI del 20-12-2019 - N°311.010

©*Jaime Larraín Ayuso*

ISBN edición Digital 978-956-6131-00-7

Derechos Reservados

Diagramación versión digital: ebooks Patagonia

[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com)

[info@ebookspatagonia.com](mailto:info@ebookspatagonia.com)

# Índice

[1º PARTE](#)

[2º PARTE | 2017](#)

[3º PARTE](#)

[4º PARTE | El Experimento](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

# **¿Qué dirá el Santo Padre?**

Jaime Larraín Ayuso

ROMA  
La noche previa

**Viernes 7 de abril, 2017.**

**23:30**

Si lo atraparan, no le sería fácil explicar cómo un anciano de 86 años había tomado tal decisión. ¿Cómo explicaría algo que se había gestado silenciosamente por años, para que, a pocas horas de aquel día se materializara en un secuestro realizado por quien antaño defendió a ultranza los DDHH! ¿Qué le había pasado! Sería difícil justificar aquella decisión que no era más que la cristalización de un proceso invisible, como el de las vertientes que, tras kilómetros de vida subterránea, un día brotan entre los riscos como agua fresca, filtrada y prístina. Pero nadie vería algo positivo en un secuestro, salvo que se pudiera entender que tenía una razonable justificación, y eso sólo ocurriría cuando los resultados fueran tangibles y de público conocimiento. En el caso, por cierto, de que hubiera resultados, pero nunca se sabe el final de la historia cuando se está apostando por una corazonada. ¿Estaba con demencia senil o, quizás, simplemente arrebatado por el último impulso vital que pudiera darle sentido épico a su vida? - se dijo - ¿Cómo podría saberlo!

Había logrado reunir al Equipo Crisálida, que creó su amigo Alex cuando secuestraron al famoso empresario Brian Feller. En ese momento, Aum se había opuesto al secuestro, negándose a participar y advirtiéndole a Alex que los cambios en la sociedad no ocurren como uno quisiera, que son lentos y llenos de turbulencias. Sin embargo, había sido un secuestro exitoso inspirado en la idea de la Avalancha que ya, a poco más de un año, había comenzado a dar frutos con nuevas empresas que se estaban sumando

al concepto de Economía Solidaria versus Economía Neoliberal. Pero no sólo el éxito de Alex lo estaba inspirando, sino que también la sucesión de episodios dolorosos en su vida emocional, después de la muerte de su amigo.

Mientras se miraba las manos, añosas, plagadas de manchas de vejez, apergaminadas y coronadas por nudillos artríticos, pensaba en su salud y en que ésta alcanzara hasta completar el Plan: el secuestro era sólo la primera fase. Sí, estaba nervioso, por el riesgo, y además ansioso por concretar lo que le había tomado meses en preparar, y años en lucubrar. Ya era de noche en Roma, pero no tenía nada de sueño, y vislumbraba que tampoco lo tendría. Su mirada deambulaba por la habitación, evaluando y adivinando quien podría ser el responsable de la modernización de aquella casa romana que miraba por sobre los techos y los terrados plagados de geranios y buganvillas. Era un engendro de diseño y aquello que podría haber sido una mezcla ecléctica entre los restos del imperio y un minimalismo sofisticado, no pasaba de ser un clásico air&b, aséptico, esperable, sin gusto, todo un atentado contra la historia, de aquellos que confunden lo antiguo con lo viejo. Pero bueno, la terraza era amplia y la vista sobre el Vaticano era impresionante. Zelig, como buen encargado de la logística, lo había elegido cercano a una boca del metro, y con una salida fluida de la ciudad en dirección al este. Con el mismo criterio, había seleccionado el bunker donde retendrían al secuestrado. Nunca se sabe, decía. Nunca se sabe si algo podría salir mal.

Con dificultad abrió un termo para prepararse una tizana. Apretar suavemente la tapa ya le produjo dolor. Esperó unos segundos antes de intentar girarla, porque ya sabía que eso duele más. Afortunadamente, pensó, mañana no tendré que empuñar un arma. Al menos, ser autor intelectual no te agrava la artritis, se dijo con cierta sorna y arrepintiéndose de su humor negro que siempre le brotaba

cuando tenía angustia. Estaba solo, sin poder comentar sus temores, sin poder acallar la culpa de estar a punto de cometer un acto que toda su vida había repudiado: El secuestro de alguien es atentar contra su libertad, es privarlo de elegir, es coacción, es lo peor, se dijo, mientras intentaba separar una hoja de menta del borde de su taza. A modo de justificación interna de lo que ocurriría mañana, divagaba sobre las múltiples formas de secuestro que, sin parecer secuestros, lo son y vaya que lo son, balbuceó en voz alta, rompiendo el silencio de la noche romana. Todos, todos los humanos estamos secuestrados por nuestras creencias, prisioneros de nuestros juicios, de nuestros patrones. ¡Qué escurridiza es la libertad!!! Y cerró la frase con un sorbo de infusión.

En teoría, no debía fallar el Plan, pero los planes nunca son perfectos, ni siquiera el Plan de Jehová para los humanos. Un pequeño error podría poner en peligro no sólo al Cardenal seleccionado sino a todo el Equipo Crisálida y terminar con la Interpol detrás, también la CIA si llegara a enterarse y, además, todo el aparato de seguridad del Comisario Scorza, del Vaticano. Quizás, se dijo, lo más fácil sea el momento del secuestro, pero los días de cautiverio antes de El Experimento van a ser duros de roer. Una súbita carraspera le cerró la garganta y comenzó a toser sin saber si se trataba de una brizna de té que había eludido el colador o simplemente era pánico a lo incierto. No debo olvidar, recordó, que el Cardenal es un conocido testarudo, un hábil en la manipulación y un experimentado en las relaciones de poder: un perfecto Cardenal Papabile, un diestro que opondrá resistencia.

Toda la información recabada por Gian, sobre el Cardenal, había sido precisa y bien documentada al punto de que ya parecía un conocido de siempre: Desde su paso por el Seminario hasta ganarse la confianza de Juan Pablo II y, tras su muerte, obtener la confianza de Benedicto XVI y ahora la de Francisco I. ¡Todo un artífice que, a la espera

de su turno, maneja los hilos del poder desde una sumisión muy bien diseñada, tocando las teclas precisas, con discreción, con firmeza y sobre todo siempre alineado con la Doctrina de la Fe, su norte y su herramienta!. Secuestrar a un Cardenal no era lo mismo que secuestrar a un Empresario, secuestrar a un representante de Dios no era lo mismo que secuestrar a un representante del neoliberalismo, aunque últimamente éste ya se había convertido en una religión, y con muchos fieles.

Sobre el sofá, semi oculto por un cojín, el Corriere della Sera destacaba la noticia ya añeja del día anterior: “EEUU bombardea Shayrat, Siria, con 59 misiles”. Aum recordó que en el Plan estaba previsto que el secuestro nunca debiera ser noticia ni primera plana de ningún medio. El Cardenal “invitado” debiera negar un secuestro, salvo que algo fallara. La mente, presa de suposiciones estaba traicionando a Aum, socavándole la confianza que supuestamente debiera tener. Sin embargo, las suposiciones no le soltaban, abriendo la posibilidad de que algo se saliera de control: la reacción de la prensa manejando hipótesis de rating asegurado que “La mafia desafía al Papa por asuntos del Banco Vaticano”; “Complot interno del Vaticano por descubrimiento de una red de pornografía en la Curia”; “Cardenal está desaparecido”; Probable vendetta del Opus Dei”; o simplemente “Cardenal huye con Sor Ema, después de un romance de 22 años”; nada potencialmente inverosímil para un público ávido de morbo y expectante de un cierto regocijo al ver al Vaticano en apuros, como si el destino debiera castigarlo por tanto zigzagueo ético. Necesitó ponerse de pie porque ya le había comenzado a doler su eterno lumbago, que le exigía cambiar de postura cada cierto rato. Estiró la espalda y comenzó a recorrer en círculos ese pequeño departamento. La reacción Vaticana, era otro imponderable, se dijo, mientras pasaba la vista sobre Roma: lo negarían; pedirían orar para que apareciera; lo convertirían en mártir

haciendo un perfecto lobby para el próximo Papado; ¿lo usarían de chivo expiatorio para resolver los escándalos de pedofilia que atraviesa la Santa Sede? ¡Demasiadas alternativas, tantas como periodistas!, exclamó sin darse cuenta de que no había nadie en la habitación. Y, un tercer imponderable: la reacción del mundo Islámico, discretamente gozoso de un posible quiebre institucional de la religión de occidente. Probablemente, los fieles católicos ni se inmutarían con la noticia, mientras el secuestrado no fuera Francisco I. Lo único seguro, se dijo Aum, es que no hay cuenta atrás y que debo tomarme las pastillas para no morir infartado antes de desencadenar, en pocas horas más, la Avalancha prevista.

Habían pasado 1700 años y allí, sentado con los brazos apoyados en el respaldo de una silla de Viena desvencijada como todas las de su estirpe, una tizana enfriándose, Aum miraba una Roma dormida, en el epicentro del imperio que asimilara a la perseguida secta de cristianos como su religión oficial y le diera cobijo y protección a lo que luego sería el Vaticano. Así, el politeísmo romano de la época terminó formalmente cuando, sobre la colina Vati, se edificara en gloria y majestad la Sede Mundial del Cristianismo: El Vaticano, que allí enfrente, en la versión arquitectónica del siglo XVI, se recortaba en la noche. Era una historia que Aum conocía a fondo y en detalle, que explicaba en algo los orígenes del catolicismo, pero fue la investigación de años del Padre Tomás la que develaría su lado oscuro.

Durante 14 años, con alguna interrupción, Aum y el Padre Tomás habían trabajado en una exhaustiva investigación sobre los orígenes del Catolicismo y, si bien coincidían en lo general, discrepaban en el objetivo de tan ardua investigación. Lo importante para Aum era que el Padre Tomás trabajaba en los Archivos Secretos del Vaticano y ese contacto no había sido fácil de obtener y cultivar.

Aunque Aum estaba interesado académicamente en el estudio de todas las religiones, para el Padre Tomás el foco estaba sólo en el Catolicismo, asunto en que no fue óbice para intercambiar ideas y, por cierto, información que se había resguardado con celo en los sótanos de la Basílica de San Pedro. Tomó un Pen Drive que reposaba en su escritorio improvisado y lo acarició como Golum lo hubiera hecho con el anillo. Allí estaban las respuestas de algunas preguntas que nunca habían tenido explicación. Sin duda era un tesoro que el Padre Tomás había construido con santa paciencia, pero la impaciencia de las últimas semanas del Archivero Vaticano le tenían sumamente preocupado. A pesar de que nunca lo involucró en el secuestro, el Padre Tomás podría desbaratar, sin saberlo, todo el Plan.

El Padre Tomás le había contagiado algunas preguntas que le inquietaban, pero que no debían distraerlo del objetivo del secuestro, ya que en nada tenían que ver con el futuro de la Iglesia ni con el rol de ésta en el escenario de las religiones, asunto que sí ocupaba la mente de Aum, y que estaba dispuesto a impulsar a través del secuestro del Cardenal elegido. Para el Archivero, todavía eran muchas las hebras por desenredar para comprender cómo la Monarquía Vaticana había sobrevivido a la Monarquía Romana. ¿Cómo lo habían conseguido? ¿Cómo habían logrado navegar por los turbulentos mares de la política, de las guerras, de las invasiones, de Lutero, y de las crisis internas? Demasiadas preguntas pendientes que Aum había hecho suyas y que, a pocas horas del secuestro, se le venían a la mente como relámpagos incontrolables, cargados de energía, sin destino conocido. Particularmente, a Aum le rondaba la pregunta de siempre: ¿Cómo habían manejado la opulencia institucional versus la sencillez de Jesús? Esa contradicción flagrante, y es curioso, se dijo, no parecía haber alterado a los fieles católicos, que más bien se sentían atraídos por visitar tan descomunal obra

arquitectónica, despreocupados de la pompa y el boato. Quizás, pensó, a las masas eso les hace sentir poderosas: Si es grande, ¡debe ser verdad! ¿Cómo lo han conseguido por 1700 años? Resopló incrédulo:

- ¡Todo un milagro!!!- exclamó Aum, y de inmediato se recriminó el estar divagando asuntos ajenos al operativo.

Demasiada filosofía, se dijo, para los momentos previos a un secuestro. Sin tener el pasado guerrillero y militante de su amigo Alex, se sentía inseguro del operativo mismo pero muy convencido de que era inevitable llevar todo hasta las últimas consecuencias. Sin saber mucho cuales serían esas últimas consecuencias, tenía claro que el concepto "Principio de la Avalancha", que heredara de Alex, el de desencadenar con un hecho puntual, una reacción en cadena que crece y crece, le servía como aliciente para aventurarse, arriesgando el pellejo que, aunque tuviera 86 años, era su propio pellejo, lleno de historia. Había visto en varios reportajes de NatGeo, cómo un diminuto esquiador en la inmensidad de la montaña podía desencadenar una avalancha que sepultaría bosques y arrasara poblados completos, inundando el valle con millones de toneladas de nieve que descendían a 80 kms por hora, sumando más y más nieve en el vértigo del aluvión: sólo el canto de un esquí derrapando sobre una mullida e inocente alfombra blanca.

Sonó el celular. Gian, se leía en la pantalla que iluminó la habitación en penumbra: apareció un sofá que lo tentaba con sus mullidos cojines; un poster enmarcado con la clásica foto de las Termas de Caracalla; una maceta con un filodendro escaso de agua y, al fondo, casi invisible, un refrigerador que se hacía notar con esporádicos estertores. Ya era la 12:48. Extraño que me llame a estas horas, se dijo, mientras temía que algo hiciera abortar el Plan. Respiró hondo y respondió con tono exageradamente lento, para transmitir seguridad:

- Querido Gian, ¿está desvelado como yo? O ¿está pasando algo que deba preocuparme?

- Nada grave. No podemos postergar “la invitación” - como le llamaban al secuestro - pero deberemos alargar la “estadía”. Acabo de recibir una llamada de Bert comunicándome que la estructura para El Experimento está retrasada en dos días. Aparte de eso, todo bien. Duerma Aum, duerma, mañana será, perdón, hoy será un día intenso.

- Lo importante es cumplir con nuestra fecha, es muy simbólica.

- Domingo de Gloria -respondió Gian, asumiendo esa responsabilidad.

- Duerma, duerma Gian. No olvide que el Jefe de Operaciones debe dormir para estar despierto. - y rio con su juego de palabras.

La elección de Gian como Jefe de Operaciones del Equipo Crisálida no había sido fácil. Estaba pasando por una severa depresión que lo había alejado ya por varios años de aquello que había sido su obsesión de vida. Pero ahora, la elección del Cardenal a “invitar”, le había vuelto a la vida. Tenía que ver con el vínculo que tuvo con el Prelado elegido. Habían sido compañeros en el Seminario, en Boston, y le estaba agradecido por todo el apoyo brindado, recibiendo felicitaciones por sus logros como cazapedófilos, e invitándole al Vaticano, en aquel amable encuentro el 2013, cuando le ofreciera su total respaldo en las investigaciones en curso.

Abrió la puerta de dos hojas y la habitación se inundó de un aroma a jazmín, penetrante, mientras una buganvilia negaba su olor, concentrando sus virtudes en su rojo cardenalicio, muy propio para el momento. Salió a la terraza y sorteando un mobiliario de mimbre y una mesa repleta de maceteros, se apoyó en la balausta y su mente intranquila reanudó su perorata interna. Bullían pensamientos, recuerdos, especulaciones intelectuales que

se entrecruzaban con pinchazos de artritis y tirones de lumbago.

Tan confiado estaba en que El Experimento, basado en el enfoque MNM, sería un aporte significativo para una nueva visión sobre una Espiritualidad que fuera más allá de las Religiones, que el secuestro de mañana, desde el mismo Vaticano, podría quedar plenamente justificado. O ¿no?, se dijo mientras su mano recorría lentamente su calvicie, esperando despejar sus contradicciones.

Con la mirada fija sobre los techos romanos y con la Cúpula de San Pedro como silueta en el resplandor urbano, que tocaba techo en una noche nublada, Aum recordó a Alex y no pudo menos que sonreír al comprobar que iba a hacer lo mismo que le criticara y que, en innumerables ocasiones intentara disuadirle argumentando, con su recurrente frase, que la evolución de las sociedades son lentas, que avanzan a paso de tortuga hacia destinos más elevados: “Los cambios, Alex, son tan lentos que ni tu ni yo los veremos nunca”. Aum, a diferencia de su amigo había elegido el camino de la transformación interior por sobre los cambios en las estructuras sociales, fueran políticas, religiosas o provenientes de cualquier modelo pero, tras la muerte de Alex, algo había ocurrido en su interior que lo estaba sacando de la teoría a una práctica brutal, finalmente real. Sin abandonar su convicción de que la transformación humana en dirección a nuevos niveles de consciencia son el camino, la tentación de apresurar esos cambios al generar algún acontecimiento “avalancha” había terminado por seducirlo.

### **3:22**

Ojalá no llueva durante el secuestro, se dijo apenas notó que el cielo romano se cubría de unos nubarrones negros y

amenazantes. Y ¿si el secuestro falla? Pero no fallará, se respondió varias veces mientras vertía el resto de su tizana ya fría, en un geranio que bostezaba. Somos un gran equipo y tengo la responsabilidad de continuar el liderazgo de Alex, se dijo en silencio. Y su mente se perdió en el recuerdo de su amigo y la tensión del secuestro en curso dio paso a una intensa tristeza. Persistía la amenaza de lluvia, quizás de tormenta eléctrica.

Parezco viejo melancólico. -balbuceó, mientras un torbellino de recuerdos lo llenó de emoción. El tiempo, y tantos años de amistad se condensaron en imágenes cargadas de cariño que afloraban a la memoria para ser desplazadas fugazmente por otros recuerdos que pujaban por quedarse. - Todo tan efímero y tan eterno al mismo tiempo. - Se asomó a su mente Alex con su rostro severo de siempre, invadido por el dolor de la pérdida de Rocío, como si su alma se hubiera esfumado dejando un cuerpo que ya no albergaba vida sino vacío y sinsentido. - ¡Qué día aquel!, en que Alex lloraba en mis brazos como un niño desvalido, reviviendo ese atentado terrorista en Bagdad que le quitó a su hija, mi querida ahijada Rocío. - Era el 2010, octubre, si el 31, fecha que marcó un deambular, por más de dos años, como zombie por las calles de Barcelona, sin rumbo y sin la suficiente valentía para quitarse la vida. Sin Rocío, con su matrimonio desecho y con sucesivos fracasos políticos, ya sin ideología que le convenciera, Alex sólo esperaba la muerte. Había renunciado indeclinablemente a sus ideales de cambiar el mundo. - ¡Cómo sufrió Alex, qué años más turbios! Y, de repente, qué mágica esa llamada de Romina, ya ni recuerdo porqué, cuando le sugerí que telefonara a Alex para tomarse un café. Quién podría imaginar que se transformarían en pareja, y cómo olvidar ese viaje en que, siendo aún unos desconocidos, fueron a México, como afirmaban entre risas y gestos de epopeya de Hollywood: vamos al encuentro del Fin de los Tiempos Mayas este 21 de diciembre del 2012 en Yucatán. Pero, sólo encontraron

el inicio de sus tiempos íntimos. - Aum observó, casi sin darse cuenta, que los nubarrones estaban por rozar la cúpula Vaticana - ¡Cómo quisiera amigo que estuvieras aquí, revisando los detalles del secuestro, riéndonos de la estupidez que hicimos para el 11/9 o recordando esa semana espectacular con todo el grupo de Ítaca, y esos almuerzos que la señora Hatria nos preparaba mientras arreglábamos el mundo a punta de teorías, de informes e intelectualizaciones diversas! - Recordó con nostalgia y tomando nota que eran poco oportunas antes de un secuestro. - ¡Cómo se mezclan los recuerdos! La amistad, simplemente, que aflora sin permiso.

Antes de forzarse a dormir, fue a lavarse los dientes y, como lo hizo desde niño, comenzó su actuación privada frente al espejo con varias muecas ridículas, convirtiéndose en una sucesión de caricaturas: el enojado; el nerd; el aterrorizado; el viejito desesperanzado; el seductor de antaño. De paso, comprobaba como las bolsas de sus ojos habían aumentado de tamaño, y cómo los parpados estaban cediendo a la gravedad, pero también le alegraba que no tuviera un rictus de amargado, con la boca arqueada hacia abajo, y que la mirada aún tuviera un cierto brillo decoroso. Al terminar su juego, ya de vuelta con su rostro de secuestrador, quiso hacerse la pregunta crucial, a modo de chequeo, para comprobar que no se había vuelto senil: ¿Cuál es el móvil? - se preguntó, como siempre lo hizo con sus alumnos y con los asistentes a sus talleres. Pero su mente no le obedeció, optó por deambular por recuerdos polvorientos, del día en que cumplió 76: Aquel día en que tomó la difícil decisión de dejar la docencia, la consulta y los talleres, manteniendo sus asesorías en la ONU y algunos trabajos esporádicos para el Club de Roma. Aunque estaba orgulloso de su trayectoria docente, no era menos cierto que sintió un tufillo rencoroso por haberse transformado en otro profesor desechable cuando se dio cuenta que los alumnos se fueron convirtiendo en clientes,

en obsesos por un cartón, ajenos a la pasión del conocimiento. Allí decidió cambiar el aula por un aislamiento que, según él, le darían el tiempo y la calma para elaborar textos que ojalá no se los llevara el viento, como a sus exalumnos y sus títulos. Pero nunca imaginó que, en la vorágine de la escritura, aquellos exalumnos quedarían olvidados, que también se los llevaría el viento. - No sé, -confesó- quizás tampoco haya valido la pena escribir tanto, quizás sólo es nostalgia de alguna ideología que ya no existe. ¡Cómo saberlo, en medio de esta atmósfera de pragmatismo que está invadiendo al mundo!; de la especialización en detrimento de una visión global; y de un individualismo competitivo a ultranza!!! - dijo, refunfuñando, agitando su índice en actitud amenazante hacia la humanidad.

¿Cuál es el móvil? Se volvió a preguntar y el murmullo de la ciudad de Roma lo sacó de sus cavilaciones. Aquí, en Roma, a mis 86 años, desvelado en la noche previa al secuestro de un Cardenal, haciéndome preguntas que no conducirían a nada. ¿Será que, con la muerte cercana, el tiempo se acelera, o será el temor por no dejar alguna huella en esta pasada? Pero, por qué habría que dejar huella si el 98% de la humanidad hace el viaje y desaparece sin pena ni gloria? Sí, reafirmar sus convicciones era necesario aquella noche, mirar por sobre los acontecimientos y las apariencias marca un norte, se dijo mientras sus dedos, huesudos y rígidos intentaban hacer girar el selector de un ipod repleto de músicas, que de ser encontrado cien años después sería un verdadero testimonio, no sólo de la personalidad de su dueño, sino de cuánta historia puede caber en la vida de un solo individuo. Seleccionó "You d'ont Know me", cantada por su ídolo de siempre, Ray Charles, y por Diane Krall, como símbolo de la incomprensión que había sentido con todos sus amores, que no fueron pocos. Esa sensación de que nadie, aún, había llegado al centro de su alma, como tampoco él sabía

muy bien dónde estaba tal centro, se había acrecentado con los años hasta concluir que nunca sería posible: se sintió solo. La música seguía sonando, pero Aum no la estaba escuchando. Hizo un esfuerzo por no culpar a nadie, ni a la vida, por la soledad que estaba viviendo y admitió que su obsesiva defensa de la libertad lo habían llevado a no comprometerse con nadie y a sentir los vínculos como sutiles cadenas que le impedían avanzar, vivir, experimentar. Ni pareja, ni matrimonio, sólo acicateado por un objetivo que, además, lucía como bastante utópico. Amigos de trabajo y un prestigio de hombre idealista y al mismo tiempo gozador de la vida le habían caracterizado y abierto muchas puertas, pero sólo Alex había sido su amigo de verdad, y Alex ya había partido.

- O ¿el móvil será otro? Quizás, ¿sólo tenga una profunda necesidad inconsciente de darle un sentido a una simple existencia? - Aunque no sentía que la suya hubiera sido tan simple. Se sumió en un largo silencio existencial, poco recomendable antes de un secuestro, pero la voz de Ray Charles lo devolvió al presente, y desde su profunda admiración por el Rey del Blues, le surgió una sencilla reflexión: Una sola canción, ésta, Giorgia on my Mind, por ejemplo, bastaría para justificar la existencia de Ray Charles en este mundo, sólo un blues. Con la ironía que le precedía, Aum constató que él no era ni Ray Charles ni John Lennon, pero ¿quién le podría impedir que compusiera su propia melodía? Podría morir o terminar sus días en una cárcel italiana, pero a los 86 eso ya no le importaría. Mejor morir en acción que desesperanzado en una cama, se dijo, y con aquella sentencia se sintió envalentonado. Sintió que no tenía nada de qué quejarse. Su vida había sido intensa, a veces cambiante, privilegiando la curiosidad por encima de cualquier rol social, del hacer carrera, de los éxitos. Descubrir, crear, hacer teorías era lo que Aum buscaba como si el ideal renacentista pudiera tener cabida en un mundo de especialistas y pragmáticos que le tocó vivir.

Eres un diletante, un disperso, fueron acusaciones que escucho más de una vez, pero no le hicieron mella.

El móvil, entonces, no es uno sino varios, se dijo, varios que se entrelazan y que, a horas del secuestro poco importa cuál es el central. Lo único seguro es que todo esto será emocionante, resulte o no, se dijo. Ceremoniosamente, apuntó su tazón hacia la cúpula del Vaticano y con voz firme dijo:

- Salud Alex, amigo del alma. En tu honor, ha comenzado la segunda parte de tu sueño utópico, y me declaro un loco, un loco de 86 años con más adrenalina que a los 20. Salud por este loco terminal.

A pesar de su constante obsesión por la consciencia con mayúsculas, ya agotado, de tanto pensar y pensar, sintió que comenzaba a cabecear y su mente se llenó de paréntesis. Sin notarlo, la consciencia se esfumó, y se dejó caer suavemente sobre un cojín, y subió sus piernas al sofá. Roma se diluía por la ventana como si nunca hubiera existido. Se durmió a las 4:32, sin leer el mail de Tomás que llegara inoportunamente a media noche. El asunto del mail decía Shaw.

Sólo cinco horas faltaban para el secuestro del Cardenal elegido.



Sede Central de la CIA  
Langley, Washington

**27 marzo, 2017.**

12 días antes...

Colin Mc Gregor esperaba con ansiedad el reporte de su agente en París y, aunque Massimo operaba habitualmente en Roma, esta vez le había asignado un operativo de

emergencia: demasiados años de espera como para despilfarrar esta oportunidad. No descartó que podría ser o, bien una falsa alarma o quizás, algo irrelevante. Dada la diferencia de horario con Washington, Colin debiera haber tenido noticias en la tarde, o en la noche, pero hoy. Decidió cenar cerca de su oficina. El aire seco y un suave viento Sur todavía mostraban los estertores de un invierno que se resistía, prometiendo una mínima de 6°C a una media noche nublada. Caminó esas dos cuadras habituales sin percatarse de cómo lo hizo ni que vio, y ya estaba pidiendo, automáticamente, una lasagna al horno y un shop Budweiser. Pero el hambre se le disipó al segundo bocado, y se dio cuenta que estaba comiendo para hacer tiempo y volver a su escritorio lo antes posible. La curiosidad lo tenía atrapado.

Al entrar al edificio, saludó al agente Cheney, quien le pidió su identificación a pesar de conocerse por más de 12 años. Recorrió el largo vestíbulo tras haber rodeado sutilmente el escudo con el águila como parte del diseño de ese suelo pulido y brillante que sistemáticamente era limpiado hasta dejarlo impoluto. El eco de sus pisadas le hizo sentir más pequeño en ese espacio grandilocuente y a la vez de decoración austera. Puso el pulgar y el ascensor lo reconoció. El piso 14 estaba en penumbra y a pocos metros de llegar a su despacho, junto al escritorio de Bigger, como le decían para enrostrarle su gordura y ansiedad, sintió un crujir bajo su zapato y al siguiente paso, otro. No tuvo dudas, a pesar de la oscuridad, había aplastado dos cucarachas. Al encender la linterna de su celular, notó que varias huían despavoridas para esconderse en casa de Bigger. Abrió el cajón inferior del escritorio y una masa negra, llena de patas y antenas se movía sobre un trozo de pizza, incrédulas de haber sido descubiertas con las patas en la masa. Cerró el cajón y encendió cuanta luz encontró a mano para borrar el asco, y

todo volvió a la normalidad, salvo que el crujir en la suela todavía seguía sonando en su mente.

Fumigar de inmediato toda la oficina. Plaga de cucarachas. Decía la nota que dejó sobre el escritorio de Debora. Se sentó en su sillón negro de respaldo alto y no pudo evitar poner los pies sobre el escritorio. De reojo vigilaba el suelo mientras esperaba noticias de Massimo.

Después de tantos años de paciente espera sobre el Proyecto de Consciencia Global, Colin Mc Gregor sentía tener señales de que algo importante estaba a punto de ocurrir y, si ocurriera lo que Colin intuía, no sólo lo sacaría de su rutina, sino que le permitiría un ascenso, a su juicio muy merecido. Mal que mal había logrado controlar al Papa Juan Pablo II la noche previa al bombardeo de Irak, cuando estuvo a punto de estropearles los planes a su Presidente G.W.Bush. Pero aparte de ese golazo espectacular del 2003, y por el cual fue reconocido por sus superiores, nada destacable había ocurrido, aparte de mantener cierto equilibrio en el mundo de las religiones y la política a costa de diplomacia, de amenazas o de lo que exigiera el momento. Convencer a sus superiores de que la CIA debiera estar activa y presente en el mundo religioso, en el esotérico y en todo ámbito de creencias fue una ardua tarea de persuasión: muchas reuniones y varios almuerzos, debiendo resistir con dignidad las burlas soterradas del mítico Allan Powell. No fue hasta que inventó, el 2001, una ingeniosa red de informantes por cero dólares y con la asepsia e impunidad total para la Central, cuando obtuvo la luz verde para crear su propio Departamento dentro de la CIA, y tener unos escuálidos fondos asignados, agentes cualificados, aunque pocos, y una cierta libertad de acción que le permitía dedicarle tiempo a su investigación secreta, con la complicidad de Debora, su empleada fiel y enamorada.

Debora estaba encargada de darle seguimiento, de espiar, al Proyecto Consciencia Global, que dirigía el Dr.

Roger D. Nelson, desde 1998, a fin de encontrar una relación entre la Consciencia y el mundo físico, específicamente el de las computadoras. Cuando se aproximaba el cambio de siglo y las computadoras debían adaptarse a otros algoritmos, Colin le encargó a Debora que eligiera al mejor hacker para mantener monitoreado aquel proyecto y comprobar si realmente funcionaba. De ser así, significaría que existe una Consciencia común entre todos los humanos y, quizás, entre todos los seres vivos. Sesenta computadoras en todo el planeta, las famosas EEGs, han venido registrando desde 1998, minuto a minuto, la actividad humana a través de unos y ceros aleatorios que, curiosamente, se “ordenan” cuando un evento mundial está por producirse o convoca la atención de muchas Consciencias. Tal “energía” o manifestación de una Consciencia Global, es captada por las computadoras del Proyecto. Así quedó demostrado con el ataque a las Torres Gemelas, con el Tsunami de Japón, en las elecciones Presidenciales en México entre otros muchos fenómenos colectivos. Esas eran las conclusiones, hasta el momento, que Debora tenía entre manos.

Pero una cosa es comprobar que existe algo, una Consciencia que une a todos los seres humanos y que a veces se manifiesta e incluso se puede medir, y otra cosa es la capacidad de utilizar tal energía, controlarla y sobre todo poseerla: Así se lo había repetido muchas veces a Debora que lo escuchaba con devoción. Colin había juntado mucha información sobre el poder de la mente y tenía claro que un alto porcentaje de enfermedades provienen de allí, de una mente deprimida, de una autoestima baja o de un duelo no resuelto. También creía que algunos milagros o remisiones en enfermos terminales tenían relación con la mente, y todo eso lo tenía bien documentado en una carpeta, en su casa. Aunque sus jefes siempre eludieron sus preguntas sobre los experimentos realizados con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, Mc Gregor había investigado

extraoficialmente, llegando a la conclusión que el fracaso de varios experimentos era el motivo del silencio y la vergüenza de sus superiores: sabía de los experimentos con telepatía con fines militares; del uso de médiums para localizar emplazamiento de misiles; también tenía rumores sobre la manipulación de la mente para construir soldados suicidas, y nada de eso había funcionado. Saber que existe esa gran consciencia no había servido de mucho, aunque la expectativa de que algún día se pudiera controlar, como lo habían hecho con la hipnosis en el interrogatorio de prisioneros o con el suero de la verdad, garantizaría una superioridad militar evidente y, potencialmente, permitiría el control del terrorismo, de los insurgentes o de opositores recalcitrantes. Colin Mc Gregor tenía claro que, si no era el Ejército ni la CIA, alguna Universidad avanzaría en la investigación de la Consciencia Colectiva que pudiera derivar en el uso práctico, con tecnología aún desconocida. En ese afán, mantenía un hackeo permanente al Proyecto de Consciencia Global y en particular a su entusiasta investigador. Colin sabía que Glenn Bradford había despertado, hacía ya 33 años, de un estado de coma de nueve años, tras un accidente en moto, en las cercanías de la Universidad de California, donde hoy, a sus 58, dedicaba todos sus minutos a investigar sobre la Consciencia. En esos nueve años de vida vegetal, como decía el artículo, Glenn vivió innumerables experiencias que no pertenecían a su archivo de memoria y también escuchó muchas conversaciones sobre su situación, pudo oír el dolor de sus familiares y de su novia Sue, decía, pudo constatar que él no sufría y que estaba fuera de la dimensión del tiempo. Lo que ocurrió en ese paréntesis de Consciencia era, sin duda, otra forma de ser consciente, obviamente desconectada de lo que llamamos estar consciente, concluyó - y eso marcó para siempre la carrera científica de Glenn. Su obsesión por desentrañar lo que había “vivido” lo condujo, no sólo a formar parte del equipo de científicos de la Universidad de

California que se abocaban a esta investigación, sino que también a participar en la creación del Proyecto Consciencia Global.

Aquel día, cuando Debora le informa que Glenn Bradford viaja de California a París para encontrarse con un tal Aum para hablar sobre un Experimento, sin especificar nada más, la mente de Colin se pone en estado de alerta máxima. ¡Tan secreto debiera ser ese Experimento que la reunión no sería en la Universidad sino en París! La adrenalina recorrió cada rincón de su cerebro, anunciando que algo sabroso se cocinaba. Comenzó a imaginar su ascenso y la ampliación de su Departamento, ahora asesorando al Ministerio de Defensa y al Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica. Dio un paseo sin rumbo por su oficina y se detuvo frente a la ventana y mientras bebía un sorbo de café, recordó un Paper, en la revista Science de algunos meses atrás, en que se menciona, como hipótesis, que la mente podría, algún día, crear materia orgánica. Ya le había interesado la idea, pensando que podría apuntarse otro logro, dejando en ridículo a Powell, que atareado y obseso trabajaba con la NASA en el Proyecto Mars, nada menos que la colonización de Marte, donde obviamente no había vida orgánica, cero alimentos. Buscó el Paper para saber quién lo firmaba: ¡Aum! - leyó - ¡Quién mierda es Aum, y por qué Glenn Bradford lo visita en París!!! - exclamó.

Había esperado noticias de Massimo hasta las 0:48, divagando y aún más lleno de ansiedad, cuando decidió ir a casa. Necesitaba descansar y hablar algo con Berta. A las 9:03, tras una noche inquieta, estaba a punto de entrar al ascensor que le llevaría a su oficina, deseando que Debora le tuviera noticias de Massimo, cuando, a boca de jarro, se topa con Allan Powell, que usando su mejor sonrisa burlona le dice:

-Mi estimado Colin, no subas a tu oficina, ¡te podrían fumigar!

-Siempre tan delicado. -dijo con sorna, ya harto de los aires de grandeza de Powell.

-Delicado, pero sólo con las cucarachas. - aclaró - No me las mates Colin, las necesito para llevarlas a Marte. No te olvides que resisten todo, la radioactividad, los rayos cósmicos y la ingravidez de un largo viaje - dijo, alejándose como pavo real en dirección a la salida.

El Agente Mc Gregor tragó saliva y luego carraspeó convencido de que su venganza estaba más cerca, y oprimió el botón del ascensor inteligente. Debora lo esperaba con una mascarilla y una nota en sus manos. Por el brillo de los ojitos que asomaban sobre la máscara, Colin dedujo que había buenas noticias.



Cuando el despertador sonó, le costó girarse en la cama para apagarlo. Rogó que no fuera el cíclico lumbago que le había perseguido por años. ¡No por favor, el mismo día del secuestro! Pero no, sólo estaba entumecido por una noche insomne y por un colchón demasiado blando para un anciano. Automáticamente, abrió su celular por si había noticias de Gian pero todo parecía transcurrir normalmente, como había sido planeado. El mail del Padre Tomás, que ocultaba su nombre por razones de seguridad bajo el sugestivo apodo de “Ver para Creer, aludiendo a la incredulidad de Tomás, y que había prometido abrir después del secuestro, le ganó:

De: “Ver para Creer”

Para: Aum

Sigo observando e investigando. Hoy pondré mi atención en el Cardenal Shaw. Lo mantendré informado. Saludos.



El secuestro, aquel sábado 8 de abril del 2017, como todo en la vida, se había cuajado a fuego lento y cada uno de los que confluyeron en este insólito hecho habían recorrido largas distancias, algunas plagadas de sufrimiento, o de encono, de tal forma que sin notarlo y sin proponérselo, cada uno fue conduciendo sus vidas hasta que ese sábado, y los días sucesivos les ocurrieran sucesos difíciles de entender para quien no hubiera conocido cómo comenzó a fraguarse en 1984, en el Seminario Pontificio de Boston.

Boston  
Massachusetts

### **27 enero, 1984.**

La temperatura durante todo el día no había superado los dos grados. Un día gris, cerrado, con nubes que no tenían ninguna intención de retirarse, a pesar de que en la última semana habían caído 55 milímetros de lluvia implacable.

A las 19 horas, avisadas a las 18:45 con siete campanazos que se hacían escuchar en cada rincón del Seminario Pontificio, los aspirantes al sacerdocio se reunieron en la capilla como cada atardecer para hacer las oraciones que cerraban el día. El órgano con un sonido de frecuencias bajas llenaba toda la nave y a los 15 minutos exactos se hacía el silencio que marcaría el inicio del Kirie, cantado a capella por 36 seminaristas que manejaban a la perfección la polifonía, tal y como la concibiera Giovanni Pierluigi da Palestrina, el Maestro del coro de la Cappella Giulia del Vaticano durante el Papado de Julio III. Al Director del Seminario, el Obispo Shaw, le atraía particularmente este estilo que aunaba la grandiosidad que

se hacía sentir en medio de coros celestiales, una mezcla perfecta que daba sentido de grupo y de ekklesía, como afirmaba. Para ese anochecer, había elegido el Kirie eleison de la Misa al Papa Marcelli, quien por esos tiempos se esmeraba por sostener la Contrareforma y detener los avances de Lutero. Sin duda alguna, para el Obispo Shaw, la música polifónica de Palestrina era la expresión musical de la Doctrina de la Fe que debiera preservarse hasta el fin de los tiempos. Además de enseñar el camino, decía, esta música transmite el infinito amor de Dios de una manera inigualable, toda una invitación a la Santidad que proclamaba como la más grande aspiración de un Seminarista formado bajo su tutela: Kirie eleison, Christe eleison, Kirie eleison, Señor ten piedad, Cristo ten piedad, Señor ten piedad, sonaba a varias voces que se mezclaban en una polifonía impecable que, sumadas a los destellos de los primeros relámpagos a través de los vitrales, no dejaban dudas sobre el poder de Dios. La vela del Santísimo, eterna, temblaba con las voces. Desde su despacho, el Obispo Shaw seguía la música que llegaba atravesando un patio de cipreses añosos que ondulaban con un viento que ululaba entre las columnas románicas del corredor. Dos o tres truenos, no pudo identificar, interrumpieron las voces del coro de seminaristas, voces juveniles y aún inocentes de lo que realmente significaría ser un sacerdote. La amplia oficina del rectorado vivía en una permanente penumbra, día y noche, y el tiempo sólo parecía sostenerse en las palabras del Obispo, que se escuchaba a sí mismo con santa devoción. Un sofá de tres cuerpos, en cuero marrón, brillante, asomaba desde las sombras, delineado por la luz de una farola del corredor, intrusa y amarillenta. Una larga mesa, que oficiaba como comedor privado del Director, era la protagonista de ese espacio, centrada y austera, y podía albergar a doce personas, seis y seis, y una cabecera que daba la espalda al escritorio del Obispo. Atrás, un muro atiborrado de libros,

que los seminaristas observaban de reojo con la desazón propia del ignorante, como si nunca pudieran alcanzar tanta sabiduría, era el testimonio de la trayectoria como teólogo especializado en la Doctrina de la Fe: compendio de encíclicas papales; teologías de diverso pelaje; documentos conciliares; Los pecados según Evragio de Ponto; Santo Tomás; Rerum Novarum; la Teología de la Liberación, eran algunos títulos que los seminaristas elegidos pudieron leer a hurtadillas entre penumbra y discurso del Director, y que eran motivo de comentarios secretos y de una admiración desbordante. En medio de la biblioteca, una puerta de madera que se mimetizaba con las estanterías, comunicaba con los aposentos del Obispo, un departamento amplio alfombrado, una cama enorme con un dosel ornamentado, un armario de tres cuerpos con espejos ovalados, con bisel, una descomunal reproducción del El Jardín de las Delicias, de Hieronymus Bosch, un bergère aterciopelado color vino enfrentando a una salamandra bullente de lenguas de fuego que serpenteaban haciendo oscilar las sombras de una lámpara de lágrimas sobre un artesonado en madera de roble americano. Adjunta, una sala de baño envuelta en mosaicos con algunos motivos del cristianismo arcaico, peces entrecruzados y cruces del calvario, todo en azul y blanco.

A las 20:15, los elegidos entraron al comedor trayendo platos, cubiertos y fuentes con la cena. Como un acto de humildad, los seminaristas deben traer la comida desde la cocina porque no están para ser servidos sino para servir, repetía el Obispo Shaw cada cierto tiempo. Pero, en realidad no quería que el cocinero entrara a su comedor, donde departiría una cena y una intimidad que cultivaba en cada detalle. Los 12 elegidos no eran precisamente aquellos seminaristas con las mejores calificaciones. El gran misterio para ellos era descubrir el por qué estaban entre los privilegiados, o al menos así lo sentían, como un honor merecedor de una lealtad irrestricta. Como cada

cena, el Obispo aparecía desde sus aposentos apenas sonaba una campanilla aguda que le anunciaba que todos ya estaban de pie junto a su silla, con las manos apoyadas en el respaldo. Abría la puerta y se detenía brevemente en el dintel, se sobaba sus manos algo regordetas, recorría a cada uno con la mirada y, abriendo los brazos en señal de bienvenida amorosa, decía lo que decía cada noche, con una genuina simpatía:

-¿Cómo están mis ovejas descarriadas? -Y con su clásico balanceo corporal, se acercaba a su sitial- Hoy quiero que se sienten junto a mí: Lucas, un evangelista y dos apóstoles: Tomás y Juan, aunque Juan quiera llamarse Gian - bromeó, tocándole el cuello y haciendo entrar sus dedos bajo el pelo de la nuca. Los doce seminaristas se reordenaron según los deseos del Obispo y Gian quedó a la diestra y Tomás a su izquierda.

Lucas, entendiendo los mensajes ocultos del Director Shaw, comenzó a servir los platos de sus compañeros, aprendiendo que la humildad te hace poderoso, o al menos, admirable. Lentejas humeantes con tocino para una noche que prometía frío y lluvia. Tras repasar lo que el día había significado para cada uno, el Obispo entraba en materia comenzando por alguna anécdota de su juventud pecadora. Demostraba, de paso, que el pecado puede ser superado y, obviamente, él lo había logrado.

-¿Para qué hemos venido revisando estas últimas semanas el tema de los pecados, bajo la luz del monje Evragio de Ponto? -preguntó, recorriendo a cada seminarista, a la espera de una respuesta inteligente, según dictaba su mirada escrutadora. El tímido Bertrand se atrevió a responder cuando sintió que su superior le sostenía la mirada:

-Para orientar a nuestros futuros feligreses...

-¿Cómo? -inquirió el Obispo- ¿Cómo Bertrand?

-*Conociendo a fondo mis pecados, mis debilidades y cómo los superaré* - dijo, como si el texto no hubiera estado

grabado a sangre y fuego sino en barro y vergüenza.

-¡Bien Bertrand! -exclamó, reposando ambas manos en las nuca de Tomás y de Gian, para reforzar el sentido de grupo y su alegría de tenerlos en su comedor privado- Lucas, sirva a sus compañeros una media copa de vino, sólo media, para celebrar los avances que están teniendo en este espinoso camino del sacerdocio. -Hizo una pausa larga, ceremoniosa, repasando con su lengua la humedad que le había dejado el vino y dijo:

-Esta noche abordaremos el pecado, capital por cierto según...- y apunto con su índice, recorriéndolos hasta que el irlandés respondió:

-San Gregorio Magno, en el 590 DC. -respondió automáticamente Irving, el único seminarista pelirrojo de la promoción.

-...el pecado de la Lu-ju-ria. Se habrán fijado, y sólo porque son los elegidos, que en mi dormitorio hay un cuadro magnífico de Bosch, llamado el Jardín de las Delicias, que representa este pecado en particular. ¿Intuyen por qué Bosch lo tituló con la palabra Delicias? - Volvió a hacer una pausa larga para mantenerlos atrapados por la pregunta y por el temor a responder mal. Ya con el control total de su audiencia, terminó la idea. - Simplemente porque es delicioso y, ¡cuidado!! muy difícil de superar.

Por más de cuarenta minutos, el Obispo se explayó sobre la lujuria, interrumpiéndose, cada varios minutos, para subrayar la idea que todo aquello serviría para ayudar en el confesionario o en la preparación para el matrimonio de sus feligreses. Relacionó la tentación del pecar, con el placer, con la culpa y luego con la vergüenza. Con un sacro silencio, los elegidos estaban deslumbrados con la sabiduría de quien sería, a todas luces, un Santo reconocido por el Vaticano, donde viajaba sistemáticamente dos veces por año para asesorar sobre asuntos de la Doctrina de la Fe.